



NUEVO Y CURIOSO ROMANCE

en que se refieren los hechos y valentías que ejecutò el valiente NEGRO en Flandes.

Valerosa infantería
de la esclarecida España
que entre todas las naciones
por tu valor te señalas,
oye de un valiente negro
la fuerza y valor que alcanza,
pues se acompañan con él
los de la llave dorada,
duques, condes y marqueses,
señores de grande fama.
Siendo hijo de una negra,
que de don Pedro fué esclava;
mas por sus buenos servicios
su libertad alcanzara.
L'vole la inclinacion
de servir al rey de España,
y en este dichoso tiempo

unas compañías marchan
à la ciudad de Lisboa
con ellas va el duque de Alba.
Fuime en casa el duque un dia,
y con briosa arrogancia
le dije: gran capitán,
sirvete de darme plaza,
que por el cielo que adoro
y por esta humilde espada
que he de seguir tus vanderas
hasta morir en campaña.
El duque me pidió el nombre
dije que Juan me llamaba,
y respondió el duque invicto:
llamate desde hoy Juan de Alba,
que te he de dar mi apellido
porque tu valor me agrada.

Embarqueme, pase à Flandes,
comenzando en sus campañas
a dar glorias à mi nombre
y nuevo asueto à la fama.
Un día me llamó el duque,
y dijo: amigo Jnan de Alba
aquí esta noche conviene
à la corona de España
que traigas del enemigo
una posta maniatada.
Allí estaba un capitán,
que don Juan de Rojas llaman,
que ardiendo en airada envidia
de esta suerte al duque habla:
¿no es vergüenza de españoles
lo que vuecelencia manda
que vaya un negro à gozar
empresa tan noble y alta?
No hay capitanes valientes,
sargentos, cabos de escuadra?
y sino yo iré, señor,
porque ese perro no vaya.
Mucho lo agradeció el duque,
pero que fuese me encargó;
y yo al mirar mi desprecio
dije, ardiendo en ira y saña:
¡o capitán envidioso,
quién te cogiera en campaña!
vieras la espada del negro.
y yo, si obras como hablas.
Así que vino la noche
caminé hacia la estacada,
donde encontré al capitán
que paseándose andaba.
Púseme una mascarilla,
y al punto saqué mi espada,
sacó el capitán la suya,
y a golpes y cuchilladas
le derribo de una al suelo,
y luego sobre el me echó.

El después que se vió en tierra
con una voz angustiada
me pide que no le mate.
Yo le dije que se vaya,
y adviértase de camino
que soy hombre de dos caras,
y si una aquí le perdona
le matará otra mañana.
Quitele una banda roja
con rapacejos de plata,
que por señal de mi triunfo
hice que me la dejara.
A la tienda del gran duque
fué diciendo en voces altas:
desgraciado fuí, señor,
esta noche en la estacada,
sintió la centinela,
dió aviso, y tose al arma:
salió una manga furiosa,
reconoció la campaña,
resistiéndome à su esfuerzo
de entre todos me escapara.
Estando en estas mentiras
yo alegre y gozoso entraba
con cuatro postas rendidas,
todas cuatro maniatadas,
y el duque de que me vió,
se ha levantado y me abraza.
Y volviendo al capitán,
con muy corteses palabras
dije: señor capitán,
sívase usted de esa vanda
que le quité al enemigo
esta noche en la campaña.
El capitán que lo advierte
se ha turbado y no me habla,
mas el duque mi señor
me honró con una alabarda,
con título de sargento,
con ella me pasaba.

Ya murmuraban de mí
todos los tercios de España;
y estando yo con el duque
la víspera de santa Ana,
llego un soldado arrogante
que Simblaubec se llamaba,
desafiando al gran duque
y á cuantos con él estaban.
Sia pedir licencia al duque
por el cuerpo le he agarrado,
apretele entre mis brazos
y la vida le he quitado,
le eche en el mar, y luego
volví á tomar mi alabarda.
Apenas habe salido
seis pasos de la real casa
cuando hallé algunos sargentos
que viendo que me miraban
y en corrillos divididos
de mí murmurando estaban:
que me silvan, me estornudan,
me dicen perra bellaca,
¿quién le ha hecho soldadilla,
no viniéndole de casta?
Tanto de ver mi desprecio
me cegó la furia y rabia,
que ardiendo en ira y enojo,
metiendo mano á la espada
acometí á todos juntos,
les quité cinco alabardas,
y les dije, ruines, mandrias,
pues que perdisteis la honra
volved por el rey de España,
que las insignias que os dió,
hoy un negro las atrastra.
Mas viendo que no se atreven
del suelo las levantara,
y con rendimiento humilde
las besé, y dije al tomarlas:
perdonad, mi rey Filipo,

monarca invicto de España,
ellos la ocasion me dieron
que yo no me la tomara,
pero su descortesía
dió a mi atrevimiento causa.
Víspera de Navidad,
triste dia para España,
el duque de pena llora
de ver que sia gente se halla,
porque de la que tenía
mas de la mitad le falta,
porque el feroz enemigo
unos prende, y otros mata;
mas sin temor ni recelo,
á las trincheras contrarias
me acerqué, buscando presa
que llevarle al duque de Alba.
Ví que el príncipe de Orange
en su tienda esta sin guardia,
y al ver ocasion tan buena
determiné de lograrla:
con un puñal á los pechos
le dije: riadete á España,
príncipe y date á prision,
sino he de sacarte el alma.
Le desarmé, y luego al punto
en los hombros me lo hechára,
y hacia la tienda del duque
corrí con él que volaba.
El duque así como vió
que es el príncipe de Holanda,
con gran gozo y regocijo
le dice aquestas palabras:
estas visitas, señor,
me dan muy alegres pascuas.
Si tienes tales soldados
(respondió) que aquesto haga,
¿qué mucho que tiemble el mundo
al valor de vuestra espada?
Póense á hacer colacion

el príncipe y duque de Alba,
y el negro á la cabecera,
y en su aplauso mientras cenan
alegres coplas cantaban.
Ajustaronse las paces
como las quisiere España,
honrando el príncipe y duque,
al negro por sus hazñas.
Vinos el duque á Madrid,
quiso que le acompañara,
y de mí le contó al rey
muchas acciones bizarras.
El rey con gana de verme,
entrar al salón me manda,
Hi qué la rodilla en tierra
y el rey me dij, levanta,

noble maestro de campo,
ilustre y honor de mis armas,
comandador de la torre
de la orden de Calatrava.
Sis mi ducados de renta
mando que se os den en plata
y capitan general
de infantería de España.
De turbado no acorté
á decir al rey palabra,
aunque para engrandecer
lo que mi humildad ensalza,
y lo bi-n que me ha premiado,
ruego á Dios que un rayo me haga
para postrar enemigos
de nuestro rey á las plantas.

FIN.